Ciclo C

Gratitud

Domingo 28 del Tiempo ordinario

Lucas 17, 11-19
Y sucedió que, de camino a Jerusalén, pasaba por los confines entre Samaría y Galilea, y, al entrar en un pueblo, salieron a su encuentro diez hombres leprosos, que se pararon a distancia y, levantando la voz, dijeron: «¡Jesús, Maestro, ten compasión de nosotros!» Al verlos, les dijo: «Id y presentaos a los sacerdotes». Y sucedió que, mientras iban, quedaron limpios. Uno de ellos, viéndose curado, se volvió glorificando a Dios en alta voz; y postrándose rostro en tierra a los pies de Jesús, le daba gracias; y éste era un samaritano. Tomó la palabra Jesús y dijo: «¿No quedaron limpios los diez? Los otros nueve, ¿dónde están? ¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios sino este extranjero?» Y le dijo: «Levántate y vete; tu fe te ha salvado».

Reflexión

1. Jesús ataca en todas las ocasiones el orgullo de los judíos, que se creen la raza elegida y los hijos preferidos de Dios: elogia la fe de un pagano; prefiere más la caridad de un samaritano al legalismo de un sacerdote y de un levita; declara que los publicanos y las prostitutas nos precederán en el Reino de los cielos; y en el Evangelio de hoy pone como ejemplo la conducta de un samaritano, en contraste con la actitud de nueve judíos.

Es indudable que Jesús fue enviado solamente a "las ovejas perdidas de Israel". Pero, a la vez, anuncia la apertura del Reino a los innumerables forasteros que ocuparán el lugar de los primeros invitados.

Lo que alaba el Señor en esos paganos es su apertura de corazón, la ausencia de ese orgullo de "propietarios de la salvación", su capacidad para admirarse, su disponibilidad ante la gracia.

2. Diez leprosos quedan curados, pero sólo a uno de ellos le dice Jesús: "Tu fe te ha salvado". Lo que caracteriza a la fe del samaritano, es que suscitó su agradecimiento.

La verdadera gracia produce gratitud. La verdadera gracia nos pone, no sólo en estado de gracia, sino en acción de gracias. ¡La definición del cristiano no es que pida gracias o que las reciba, sino que las da! Y la Eucaristía, la gran Oración cristiana, es por definición Acción de gracias.

Todos los pueblos rezan, y todas las religiones piden. El cristianismo se distingue de las demás religiones por el hecho de que se resume en el agradecimiento. Para un cristiano, rezar es tomar conciencia de que ha recibido infinitamente más de lo que podría pedir; es hacer un inventario de las grandes cosas que Dios ha realizado con la pobreza de sus servidores; es revelar a los demás todos los regalos que el Señor nos ha hecho.

3. Fijémonos en el samaritano: Le agradece y glorifica a Dios en voz alta: se echa por tierra a los pies de Jesús.

¿Oramos nosotros así? El filosofo alemán Nietzsche les reprocha a los cristianos que no dan la impresión de estar contentos de su salvación. ¿Da testimonio nuestra alegría del don recibido? ¿Manifiesta nuestra generosidad la plenitud con la que Dios nos ha colmado?

4. Se empieza a ser cristiano entrando en la acción de gracias. Pero la acción de gracias no se limita a una oración o una ceremonia litúrgica. La acción de gracias es ante todo una acción.

Hemos de hacerla - como el samaritano - al salir de la Iglesia, en medio de la calle, en el seno de nuestros hogares, y no sólo secretamente en la pausa de comunión. Hemos de hacerla no solamente con palabras, sino con una alegría comunicativa y contagiosa. Hemos de hacerla no sólo, recordando lo que hemos recibido, sino también dándola a los demás.

5. Queridos hermanos, el Evangelio de hoy nos invita a un examen de conciencia sobre nuestra gratitud:

- ¿Agradezco a Dios, siempre de nuevo, sus pequeños y grandes regalos de amor?
- ¿Agradezco también a mis hermanos todo lo que hacen en beneficio mío?
- ¿Mi vida podría definirse como una permanente Acción de gracias?

Meditemos un momento, en silencio, sobre nuestra actitud en esto.

¡Qué así sea!
En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.
Amén.

Padre Nicolás Schwizer
Instituto de los Padres de Schoenstatt